

y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguan, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algún portero á quien preguntarle por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes; más sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito. é interrumpiéndose bruscamente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entonces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era ésta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardian á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, había una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus piés hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas:—*Venite ad me omnes.*—A uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del consejo: la Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y antes é l se arrodilló, ha-

ciendo uno de esos garabatitos con que creen cieras damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción y poniéndose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla...¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!...Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó menos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita sin que fuese necesario para ello mas que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión á la dama que lo recogía, de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando á pié quieto, las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á éstas; la Condesa de Murguía señora muy severa, que había comido muchos viérnes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco, en el teatro, hallábase á su lado. Alarmóla esta proximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pequeña, fuese á arrodillar junto a Currita en el

hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desanparada por un ser querido; aquella niña, le había recordado á Lili.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habían llegado ántes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía, y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmunicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables *pequeñeces* aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica: ¿Acaso soy ahora peor que lo fui ántes?... ¿Por ventura hace más fuerza en tí una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que á todas horas te he salpicado el rostro?.....

¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía á entrar en el Lili, aquel ángel del Se-

ñor tan puro y tan bello!... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, sustituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lili, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de todo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida.... Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lili era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de miserables condescendencias sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

¡Soy una infame, es cierto!... — ¡Pero que no me condenen los hombres, que me condene Dios!.....

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imagen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo:— *Venite ad me omnes.*— Un crujido misterioso lastimó entónces su pecho, y repitió muy quedo:

—¡Omnes...—Todos, todos!.....

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuita subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía, según el orden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y dividióla en tres partes: la suprema vergüenza de los escandalosos, al ver objeto de la execración universal, los pecados públicos de que habían hecho gala; y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amenazas, premios y castigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo día, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el más temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuita hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herían la imaginación, estremecían los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras:—*Os arida, audite verbum Domini!*...—Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuita, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bon-

dad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su inmensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdón tan sin límites y tan amplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los enormes pecados.

—Imagináos,—dijo un hombre llegado al último extremo del crimen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las asociaciones afrentosas que fueron posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su vergüenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordimientos ni tuviera conciencia... Mas un día, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con piés de barro, así también un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algún justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazón y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas.....¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdón y devuelto la paz!.....

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzado por la oración de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazón, y brotase por uno ojos, con explosión de dolor formidable, rompió el hon-

do silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, petético grito de pecador arrepentido: *¡Perdón, oh Dios mío!*—y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y áun burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida.... Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

—Currita, hija mía...—Abajo tengo mi coche.....¿Quieres que te lleve?.....

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así

hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías..... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

—¡Sí, sí!...—A donde no me vea nadie....
A Chamartin con mi hija.....

La niña no se sorprendió al verla.... Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda.....

 IX.

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se